DIVERSION DE DOS HORAS,

O COMEDIA NUEVA HISTORIAL,

FACIL DE EXECUTAR EN QUALQUIER CASA,

PARA CINCO HOMBRES SOLOS,

INTITULADA

EL MAS HEROYCO ESPAÑOL,

LUSTRE DE LA ANTIGUEDAD,

CON SU ENTREMES Y SAYNETE.

COMPUESTA POR JOSEPH CONCHA.

ACTORES.

El Cid.	*Don Ordoño.*	*Chaparrin, Gracioso.*
Martin Pelaez.	*El Rey Don Alfonso.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Selva con las murallas de Zamora. Caxa, voces y estruendo.

Voces. CAstellanos, muerto el Rey
Don Sancho por el vil hecho
del traidor Bellido, mueran
los Zamoranos.
Dentro otros. A ellos.
Sale Don Ordoño.
Ord. ¿Qué confusion hoy ofrece
tanto tropel de lamentos?
Pues apenas llego al campo
del Rey Don Sancho (cumpliendo
sus órdenes de llevar
á Don Garcia á el tormento
de su prision para siempre,
despues de perdido el Reyno)
este conjunto de voces
me oprime, y saber no puedo
quien mé dirá la verdad.
Sale el Cid. Yo, que lastimado vengo
de presenciar el mayor
desastre que jamas vieron
las lealtades Castellanas,
ni los antiguos sucesos.
Ord. Noble Ruy Diaz el Cid,
á quien por merecimiento
en el templo de la fama
lograis superior asiento,
decidme qual ocasion
da motivo á tantos ecos
que escucho así lamentables.
Cid. Atended, Ordoño, os ruego,
y sabreis de las desdichas
el mas infeliz compuesto.
El Primero Rey Fernando,
que en el Castellano Imperio

logró la mejor Corona
de todo el dominio Hibero,
murió, como bien sabeis,
dexando por su heredero
en los Reynos de Castilla
á Don Sancho, altivo genio,
que ambicioso del poder
manchó su fama, pues viendo
que Don Garcia su hermano,
y Don Alonso, en el mesmo
testamento de su padre,
quedaron por herederos
de los Reynos de Galicia
y de Leon (pues con esto
los tres hijos coronados
quiso Don Fernando el Bueno
evitar las disensiones
entre los mismos.) Qué yerro,
pues por el mismo camino
que solicitó el remedio,
por ese mismo encontró
el mayor daño; al momento
que á la parca rigorosa
rindió Don Fernando el cuello,
y en alcázares de gloria
consiguió su digno asiento,
embravezido Don Sancho
contra sus hermanos, fiero,
(sin escuchar persuasiones
ni admitir doctos consejos)
á Don Alonso y Garcia
les privó de sus dos Reynos
con tan crecida impiedad
que hechos míseros fragmentos
de la inconstante fortuna,
Don Garcia yace objeto
de las miserias humanas,
pues en el castillo horrendo
de Luna vive encerrado
labrando su monumento,
y Don Alfonso, que tuvo
mejor suerte (aunque del Reyno
perdió Corona y poder,
despues de verse sujeto
á ser Monge en el Sahagun,
saliendo de aquel Convento)
yace en Toledo rendido
al Moro Rey, y sufriendo
de una amistad peligrosa
los favores ú desprecios:
con estas fieras victorias,
vanaglorioso y sobervio
Don Sancho, pues su altivez
le quitó el conocimiento
contra Doña Urraca, Infanta,
(tambien su hermana, y objeto
de la mayor perfeccion,
que en el mismo testamento
de su padre halló en Zamora
sus debidos alimentos)
vino cruel, vengativo
á quitarla este terreno,
pues solo era su afan
con estragos mas sangrientos
reunir todas las Ciudades
que su padre pudo diestro
conquistar como Monarca,
juzgando por vilipendio
desmembrar de la Corona
estas partes si heredero
él de su padre debia
ser todo suyo este Reyno;
sobre Zamora se puso,
y estando apretando el cerco
el referido Don Sancho,
fiándose de un protervo,
aleve, traidor, villano,
que en malicioso consejo
le dixo le mostraria
por donde con menos tiempo
á Zamora tomaria,
fiándose de sus ecos,
con él al muro llegó,
y el traidor, falso y grosero,
le dió muerte con su lanza,
huyéndose muy ligero
hácia la Ciudad, y en ella
entrada luego le dieron
los Zamoranos, quedando
imputados de perversos.
Hallóse Castilla en fin
con este trance funesto
en mas lamentable estrago,
sin su legítimo dueño,
muerto su Rey malamente,
y aunque el valiente Don Diego

Ordoñez con gran valor
ha retado á todo el pueblo
de traidor, cruel y aleve,
el justo campo pidiendo
en que afirma la maldad
de los Zamoranos pechos,
los vasallos Castellanos,
é Infanzones Caballeros,
y los demas, nos hallamos
en tan crítico suceso
como en tales lances suele
sin cabeza hallarse un cuerpo.
Don Alonso, á quien le toca
legítimamente el Cetro
de los Reynos de su padre,
sin libertad en Toledo,
quién sabe como podrá
salir á gozar su Reyno;
y así ved, amigo Ordoño,
en qué estado, en qué momento
tan melancólico se halla
este desdichado Imperio.
Desangrado su Monarca,
y alevosamente muerto,
Zamora de infame puesta,
yo sin saber en efecto
qué debo hacer en tal caso,
quando miro y considero
la mas ayrada tormenta,
y qual triste pasagero,
mirando el puerto cercano,
no puedo llegar al puerto.

Ord. ¿Mas la Infanta Doña Urraca
qué responde en el extremo
de tan bárbara traycion?

Cid. No es posible eso saberlo,
quando el viejo Arias Gonzalo,
que es su vasallo y maestro,
y á quien nuestro Rey Fernando
la encomendó, el primero
es que sale á la defensa
con sus hijos, proponiendo
que ni su Alteza, ni todos
los Zamoranos tuvieron
culpa en lo que se acumula,
y segun declara el reto,
y que si Bellido Dolfos,
(nombre del cruel protervo
que á Don Sancho dió la muerte)
ha cometido el exceso,
no tiene culpa ninguno
de los que encierra ese pueblo.

Ord. ¿Pues por qué si tal proponen
no le entriegan prisionero?

Cid. Porque aseguran que entró
dentro de Zamora, pero
que al instante se ausentó
sin saber por donde.

Ord. Creo,
segun lo que referis,
que hay un gran daño encubierto
en Zamora. (*triste.*

Dentro voces. A nuestro Rey *caxa*
se conduzca al justo entierro.

Cid. Vamos, que caminan ya
á sepultar el Real Cuerpo
del desdichado Don Sancho.

Ord. En qué situacion entiendo
está España sin Monarca,
y en tanto peligro el Reyno.

Salen Martin Pelaez y Chaparrin.

Chap. Señor, por qué diligente
no buscamos á tu tio,
mira que hallarnos así,
quando llegamos tan frios,
sin saber por donde vamos
es un ciego desvario;
¿no tienes carta, Señor?

Mart. Sí, Chaparrin, y confio
que seremos con amor
agasajados.

Chap. Qué lindo,
y pues desde la Montoña
á buscarle hemos venido,
quién será este Cid, que allá
tanta bulla y tanto ruido
causa, pues que dicen todos
que es en valor un prodigio.

Mart. Así su fama lo cuenta,
pues de valor y de brio
es asombro á las edades.

Chap. ¿Y tú, dime, Señor mio,
serás valiente tambien?

Mart. Ay Chaparrin, que imagino
que tímido el corazon
se acobarda á qualquier ruido:
allá en nuestra Aldea, yo
en la caza, en exercicios

naturales de la tierra
prófugamente he vivido,
pero sin saber qué es guerra,
solo en el pueblo metido,
tratando entre los ganados
y en los rústicos aliños;
que como mi padre es
un labrador que muy rico
vive de su hacienda sola,
en usuales exercicios
y caseros menesteres
he sido algo instruido;
no del todo soy cobarde,
que entre los mozuelos ricos
del lugar, mis compañeros,
(en lances acaecidos)
quando se ofrece tambien
saco escote merecido,
no monto mal á caballo,
salto ligero, distingo
lo que es malo y lo que es bueno;
y viendo que mi destino
se encamina á otras labores
que las que allá conseguimos,
dispuso mi padre que
buscase yo á Don Rodrigo
de Vivar, que de mi madre
es hermano, y que en oficio
de mayor suposicion
encamine mi alvedrio.

Chap. Todo eso es bueno, señor,
mas yo para qué encamino
mis pasos, viniendo aquí,
si dexar de ser pollino
es imposible en verdad.
Vos á el lado de ese tio
que decis sereis muy hombre,
mas yo, que soy un borrico,
con mas miedo que vergüenza,
¿á qué efecto habré venido?

Mart. A servirme.

Chap. ¿Con que yo
(hablemos, señor, clarito)
aunque vayais á la guerra
no he de ir con vos?

Mart. Imagino
que no, pues te quedarás
siempre seguro.

Chap. Eso el jo,
que como seguro quede,
y no vaya á los peligros,
todo va bien, mas si acaso
miro al riesgo, al punto mismo
vuelvo á la Aldea corriendo,
que no gusto de envolimos.

Mart. Los Moros son muy cobardes.

Chap. Cobardes sean ó finos,
sus cuchilladas destrozan,
segun dicen, y por Christo
que si muero de una de ellas
habré echado un buen camino.

Mart. Espera, que hácia aquí vienen
dos señores, á estos mismos
preguntarémos.

Chap. Qué caras
tienen de pocos amigos. *se retiran.*

Salen Don Ordoño y el Cid.

Ord. Ya colocado Don Sancho
en su fúnebre aposento,
y las tropas sosegadas
esperando que sea el reto
de Zamora quien decida
de la traycion el fomento,
nos hallamos, Don Rodrigo.

Cid. No sin causa de misterio
noticias hay que salió
Don Alfonso de Toledo
con voluntad de Almenon,
su Rey Moro, y que violento
viene á tomar su Corona,
por cuya causa nos vemos
en innacion general
hasta las resultas de ello;
y pues es preciso estar
prevenidos á el efecto
de su llegada, id, Ordoño,
y avisad qualquier suceso.

Ord. Está bien. *vase.*

Mart. Uno se ha ido,
y otro ha quedado, yo llego:
qué presencia tan amable,
temor infunde y respeto.

Cid. ¿Qué quereis?

Mart. Saber de vos:::-

Chap. Qué cara tiene de perro,
sin duda que a á la guerra
á todos los pone feos.

Mart. Si el Cid por aquí se halla. *Cid*

Cid. Yo soy ese.
Mart. Pues os ruego
leais aquesta.
Chap. Señor,
vámonos por Dios corriendo,
que entre esta gente nosotros
nada bueno sacaremos. (*Cid. le mira el*
Qué ojos que te echa, si acaso
ahorcar nos manda... ya el miedo
en los calzones conserva
lo que guardaba mi cuerpo.
Cid. ¿Y sois vos este sobrino
que aquí dice? *por el Gracioso.*
Chap. Ni por pienso,
este que veis jovencito:
Dios me libre de su gesto.
Mart. Yo, Señor, soy el que expresa
dichoso sobrino vuestro.
Cid. Rapaz sois para la guerra:
por acá los que queremos
son forzudos, alentados,
fuertes de alma, grandes cuerpos,
y en fin, que con la presencia
se conozca su ardimiento.
Mart. Señor, segun he leido
no es del valor el esmero
la grandeza de persona,
Alexandro fue pequeño,
y dominó todo el orbe,
segun en su historia leo,
luego el ánimo y valor
solo se conoce dentro
del corazon, que aunque chico
consigue el mayor esfuerzo.
Cid. No es muy mala esta razon,
y enseña conocimiento,
que ardimiento con cordura
acredita los esfuerzos;
y aquese que os acompaña
es acaso compañero,
que tambien viene á la guerra.
Chap. No, mi señor, ni por pienso,
que yo tengo, señor mio,
á quintales mucho miedo.
Mart. Este es, señor, mi criado.
Chap. Y tambien lo seré vuestro
como en parte bien segura
me dexeis.
Cid. Pues segun leo,
Pelayo os envia á que
adelanteis vuestro esfuerzo:
antes que de la ocasion
experimenteis los hechos,
atended de mis razones
los mas prudentes consejos:
lo primero es el valor,
sin que puedan los sucesos,
adversos ó favorables,
suprimir vuestros alientos,
la prudencia en las victorias
es el mejor fundamento
para ser cuerdo y valiente,
porque el que en su valor ciego
osado se precipita
suele hallar un escarmiento,
pues el valor sin cordura
no es valor, sino despecho;
si venceis usad piadoso
de la fortuna, que es cierto
que si llevada tal vez
del sobrado vencimiento,
altanero, y con soberbia
os juzgais de todos dueño,
esa misma vanagloria
labrará vuestros desprecios,
que aquel que hoy es vencedor
vencido en breve le vemos,
y lo que él triunfando hizo
hacen con él sin remedio:
la cortesia, el amor
y la entereza efectos
son que han de tener sin duda
los Soldados, pues con ellos
haciéndose bien queridos
consiguen un buen concepto;
y así, Martin, encerrad
en vuestro conocimiento
estas justas reflexîones,
que á mi lado y mis exemplos
conseguireis el aplauso
que vuestro padre y mi afecto
como tio solicita;
y ahora, porque comprehendo
que muy cansado vendreis,
id á mi tienda, y con tiempo
descansad.
Mart. Tio y señor,
vuestro favor conociendo,

en mi mente he de grabar
estos seguros consejos.

Cid. Así seremos amigos,
porque de no, vive el Cielo,
que la sangre que halle en vos
impropia de mis alientos,
sacándola con mi espada
os sirva de monumento.

Chap. Tómate esa: hay Martinico,
que has llegado á muy buen puerto,
como no seas valiente
acabarás, y muy presto.

Sal. D. Ord. Ya D. Alfonso ha llegado,
y el campo todo contento
le aclama por Soberano.

Cid. Ordoño, á estos forasteros
acompañad á mi tienda,
y sin pérdida de tiempo
caminad á la del Rey. (*los tres.*

Ord. En todo he de obedeceros. *vanse*

Cid. Ea lealtad Castellana,
vamos á dar un exemplo
de un ardimiento notable
y el mas valiente denuedo,
para que conozca España
que el Cid Ruy Diaz, guerrero,
hizo la mayor hazaña
que han conocido los tiempos. *vase.*

Sale D.Ord. Dexé en la tienda del Cid
aquellos dos forasteros,
y camino presuroso
á conseguir el deseo
de saber de nuestro Rey
los inauditos sucesos;
mas ya miro que van todos
al debido rendimiento:
vamos, pues, corazon mio,
á rendir justos respetos.

Entran y salen, y se descubre el Rey Don Alfonso sentado, y á sus lados los que puedan, el Cid y Don Ordoño.

Voces. Viva el grande Don Alfonso,
valeroso siempre excelso.

Rey. Castellanos generosos,
nobles y antiguos esfuerzos,
que inmortales en la fama
sois blasones de este Imperio,
la lamentable desgracia
de mi hermano y Sancho muerto
hoy me suben á el que Solio
fue de mi padre, y el Cielo
por justos juicios dispuso
vuelva á mi mano: lo excelso
de su piedad es mirar
que Don Fernando el Primero,
dividiendo en sus tres hijos
su mas esmerado Reyno,
hoy reuniéndole otra vez
le vuelva á mi mano entero,
para que yo agradecido,
y en los peligros teniendo
un exemplar proceloso,
conozca lo que es el Cetro,
y en mi vida y mis trabajos
asegure un escarmiento.
Y así, pues veis, Castellanos,
que he quedado el heredero,
con vuestro justo homenage
reconoced mi derecho.

Voces. Viva, invicto Don Alfonso,
Rey de Castilla. *van á besarle la mano.*

Cid. Teneos,
que antes que esa aclamacion
le haga poseedor del Reyno,
en nombre fiel de Castilla
reconveniros pretendo.

Rey. Rodrigo, ¿qué pretendeis?

Cid. Escuchad lo que pretendo.
Los Españoles hidalgos,
los valientes Caballeros,
que en fama y honor afirman
el blason de sus trofeos,
viendo á nuestro Rey Don Sancho
á alevosas manos muerto,
(despues que os quiso quitar
como lo visteis el Reyno)
porque en ninguna ocasion
os calumnien el defecto
si pudisteis ser capaz
del infame pensamiento
de coadyuvar tal traicion,
con todo justo respeto
pretender que Vos jureis
con solemne juramento
la lealtad á vuestro Rey,
que alevosamente muerto,
se duda quién pudo dar
amparo á tan vil exceso,

y que no tuvisteis parte
en tan horrible despecho,
pues de no acceder así
no creais que en este Cetro
logreis posesion feliz,
porque ningun Caballero
Castellano é Infanzon
de nobleza y ardimiento
os ha de besar la mano
sin que en vuestro juramento
se asegure la lealtad
en que os solicita el Reyno.
Ord. Accion muy determinada.
Rey. De enojo estoy que reviento,
y volcanes de furor
son los que formo en mi pecho:
yo sujeto á los vasallos.
Vive Dios; pero qué intento,
si aun no estoy en el dominio,
suprimir mi enojo quiero.
Y dado que yo asintiese
á el que pedis juramento,
¿qué vasallo puede haber
tan atrevido y resuelto
que se conozca capaz
de que yo en sus manos puesto
haga una accion semejante?
¿habrá alguno que soberbio
tanto se estime á sí mismo?
Cid. Sí le hay.
Rey. Quién es, que deseo
conocerle.
Cid. Pues yo soy.
Rey. ¿Vos, Rodrigo?
Cid. Esto es lo cierto,
no os admireis, Rey Alfonso,
porque ya que fue mi esfuerzo
el que pudo proponer
una accion de tanto empeño,
él solo ha de ser capaz
de afirmar su cumplimiento.
Rey. ¿Pues cómo vos... broto rayos,
sois... atrevido...
Cid. Os ruego
que conozcais que esta accion
es accion de nobles pechos,
y si la creis ofensa,
está tan lejos de serlo,
que es acrisolar constantes
el amor al sacro Dueño.
Rey. Yo jurar en vuestras manos,
siendo mio el sacro asiento
de Castilla, vive Dios..
Cid. No os canseis en ser opuesto,
ó el juramento se forma,
ó no lograis Vos el feudo
de Castilla, así los nobles
en mi nombre lo han dispuesto.
Rey. Pues una vez que ha de ser,
en Santa Gadea intento
(allá en la Ciudad de Burgos)
afirmar el juramento.
¿Quereis mas?
Cid. Solo aplaudiros,
y rendir mi grato pecho
á esos pies, á quien consagro
los mas sumisos respetos,
y en fianza de este amor
lleguemos todos, lleguemos,
á besar esa Real mano.
Rey. No es menester.
Besan los que haya la mano, y á el tiempo que el Cid, que es el último, va á besarla se levanta el Rey por no dársela, y con sus versos le detiene, y que quiera ó que no quiera se la besa.
Cid. Deteneos,
que aunque ahora estais enojado,
yo sé que ha de llegar tiempo
en que conozcais que soy
vuestro vasallo el mas bueno.
Rey. Mi marcha se ordene á Burgos,
que quiero hacer juramento
sin falta en Santa Gadea. *con ironia.*
Cid. Y yo tomarle, que en estos
casos sabe bien el Cid
asegurar sus empeños.
Rey. Vamos, pues.
Cid. Vamos, y todos
festivamente diciendo,
Alfonso, Rey de Castilla,
viva por siglos eternos.
Voces, y todos. Alfonso, Rey de Castilla,
viva por siglos eternos.

ENTREMES NUEVO.

POR ENGAÑAR ENGAÑARSE,

Y EL HOSTELERO BURLADO.

ACTORES.

Carrasco, hostelero.
Balin, mozo.
Ortiz, tuno.
Urdales, tuno.
Cano, tuno.

Sale Ortiz de tuno muy espilfarrado.

Ortiz. ¿Ay en el mundo desdicha
como no tener dinero,
y estar rabiando de hambre?
¿quién podrá sufrir aquesto?
Sale Cano de tunante.
Cano. Las tripas unas con otras
batallan porque alimento
no tienen: ¡ pobre de mí,
que ya me caygo y me tengo!
Sale Urdales.
Urd. Miente aquel que dice que
el hambre es poco sugeto
para acabar á uno, quando,
sin dudar, por comer muero.
Los tres. ¿Quién á tan fiero martirio
podrá darnos el consuelo?
Sale Balin de mozo de cocina.
Bal. Yo.
Los tres. ¿Tú, Balin? no es eso facil.
Bal. Lo será, pues que yo viendo
vuestra miseria, y deseando
vengarme de aquese viejo
del Figonero mi amo,
pues él me trata avariento
peor que á un animal, dando
muy poco mantenimiento,
y ese malo, pues las sobras
de pollas y pollos tiernos
él se los come, y á mí
lo mas sucio y lo mas feo,
con vosotros lograré
la venganza que deseo,
y hacerle que pague doble
su maldad: pícaro perro;
y así seguid, y vereis.
Los tres. Cómo ha de ser no sabemos.
Bal. No puedo ahora detenerme,
en esa casa os espero
que sabeis, y allá la astucia
se dispondrá, y el enredo. *vase.*
Ort. Pues amigos á el avance.
Cano. A llenar bien el pellejo.
Urd. A rellenar bien el pancho.
Los tres. Y sacarle á aquese viejo
tripas, corazon y bazo,
las entrañas y el garguero. *vanse.*
Descúbrese mesa puesta con manteles, y salen Balin y Carrasco de cocineros.
Car. Mozo, ves, y de aquel burro
que traxe ayer haz corriendo
unas costillas asadas,
de las ancas haz relleno,
de la cabeza y orejas
haz un cuchifrito, y luego
del resto yo le asaré,
y verás como vendiendo
el borrico por ternera
sacamos mucho dinero.
Bal. ¡Habrá viejo mas ladron!
Mas ya verás lo que es bueno: *vase.*
está bien.
Car. Si no dispongo

de este modo mi comercio
no puedo en muy pocos dias
juntar muchos miles pesos,
é irme despues á mi tierra,
y burlarme de los necios
que quieren que en los figones
todo sea mejor, selecto,
y á mas que sea barato,
y no puede ser no haciendo
lo que yo, y muchos hacen:
mas parece gente siento.

Sale Ortiz de figuron de militar al paño.

Ort. El demonio es el Balin,
él una broma ha dispuesto,
que hemos de comer muy bien
sin pagar tampoco un sueldo.

Sale. ¿Señor Maestro tendré
una comida de un precio
regular, pero exquisita?

Car. Sí señor, todo lo hay bueno,
asado, pollas, perdices,
fricandó, ragú de sesos,
ensalada de pepinos
á la holandesa, fideos
en el asador; en fin,
hay mucho, y todo compuesto
á la última moda.

Ort. Bien.

Sale Urdales baylando.

Urd. Larán, larán, larán:
este paso es el derecho
para qualquier contradanza,
rigodon, sazé.

Car. ¿Qué es esto?

Urd. ¡Ah! mas amigo, cabal
distraido mi talento
en la danza, cabalmente
entré donde mi deseo
me llama: ¿no es hostería
esta?

Car. Sí señor.

Urd. Pues luego
bien de comer.

Car. Al instante.

Urd. Si hubiese algun caballero
con quien comer, es mi gusto.

Car. Eso luego lo veremos.

Sale Cano de Sotana como Escolar.

Cano. A seis será el grande eclipse,
Sagitario entra corriendo,
Tauro le sigue, y Saturno
se va á la casa de Venus:
buenos dias, mi Patron.

Car. Buenos dias.

Cano. ¿Qué tenemos
que comer?

Car. Hay muchas cosas,
y bien buenas. ¿Caballeros,
comerán ustedes juntos?

Los tres. Bien está, nos avendremos.

Car. ¿Y quieren ustedes, digan,
de baxo, ó subido precio?

Los tres. Lo mejor es lo mejor.

Car. Pues, mozo, vamos corriendo;
siéntense, pues, á la mesa,
que á servirlos voy muy presto.

Sale Bal. Todo está como mandaste:
allí á los amigos veo, *aparte.*
¡qué buen rato que le espera
al maldito Figonero.

Car. Ah mozo, todo el borrico
en diversos platos puesto
les has de dar, y lo rico
de las pollas y conejos
déxalo allí para mí.

Bal. Eso está muy bien dispuesto.

Car. La sopa trae.

Bal. Aquí está.

Mientras esto van poniendo platos, y dexándolos, y ellos engullen mucho.

Car. El cocido venga luego.

Bal. Vaya el cocido.

Car. El guisado.

Bal. Ya está aquí pronto de un vuelo.

Car. El fricandó.

Bal. Aquí viene.

Car. El pastel.

Bal. Aquí perfecto.

Car. Los postres.

Bal. Aquí estan prontos.

Car. La ensalada.

Bal. Aquí la tengo.

Ort. ¿Tiene usted vino de Flandes,
de Amsterdam, ó de Marruecos?

Car. Tengo vino exquisitísimo

de Xerez.
Urd. Pues venga luego.
Saca dos botellas, y ellos se las beben echando vasos y mas vasos.
Car. A fe que beben bastante.
Bal. Si les cuesta su dinero.
Car. ¡Qué bien comen, y no saben
que es un burro flaco y viejo.
Cano. Alzad la mesa.
Car. Ya está. *se la lleva el Mozo.*
Urd. ¿Quánto es todo?
Car. Doce pesos,
y á mas el vino exquisito.
Urd. Pues yo pagarle pretendo.
Echa mano al bolsillo.
Ort. Eso no viviendo yo.
Cano. No será mientras yo puedo.
Urd. Tome usted.
Cano. Antes soy yo. *hacen lo mesmo.*
Ort. No señor, yo soy primero.
Car. Pague uno, y sea el que sea.
Ort. Pues yo he de ser sin remedio.
Urd. No señor.
Cano. Es afrentarme.
Car. No andemos en cumplimientos,
mi dinero quiero al punto.
Urd. Pues aquí está, tieso el cuerpo,
contratiempo así á la moda,
paspie, minue, y taconeo. *de bor-*
Larán, larán, larán, larán. *racho.*
Car. Pues á fe que estamos buenos.
Ort. Si ese es un grande borracho,
tome usted.
Car. Vamos con ello.
Ort. Esta es la primer postura
diagonal, y recto el cuerpo,
tajo y reves, por aquí
Esgrimiendo la espada.
quite, y golpe en un momento;
va la zambullida, el zas:
¿cayó? sin duda que es muerto.
Car. ¿Espadachin? ¡ vaya, vaya,
que todos son unos cueros,
voto á brios.
Cano. Sosiéguese,
tome usted; estoy creyendo
Saca un compas como Astrólogo.
que la luna de este mes
ha de ser de extraño genio,
el dia dos tronará,
el tres, sin duda, sereno,
relámpagos habrá el quatro,
el cinco nieves y yelos,
el seis seguirá el eclipse,
y el siete furioso viento:
¿no está el lunario muy bien?
¿diga usted, no es verdad esto?
Car. Ah pícaros, todo es
querer robarme: ¿ah mozuelo?
Sale Balin.
Bal. ¿Qué manda usted, señor amo?
Car. Mira qué tres estafermos,
y borrachos á lo sumo.
Ten tú cuenta, que corriendo
voy á llamar una ronda,
porque paguen mi dinero. *se va.*
Ort. Malo es.
Urd. Pronto á la calle.
Cano. Si nos pilla somos muertos.
Bal. Ah cobardes, tomar ahora
lo que ha sobrado, y ponedlo
donde os he dicho, que yo
iré tambien á comerlo.
Entra, y les saca muchos platos de comida, y cada uno toma dos ó tres.
Ort. ¿Y tú cómo has de salir?
Bal. Yo soy quien formó el enredo,
pues dexadme á mí, que haré
desesperar á este viejo;
si oyeseis ruido venid. *(vanse.*
Los tres. Está bien, vamos corriendo.
Bal. Pues aun falta lo mejor
para ahorcarse el Figonero.
Sale Car. Mozo, estoy desesperado,
á la Justicia no encuentro;
pero he encargado á un amigo
que vaya y los ponga presos,
supuesto que tú, animal,
no los detuviste.
Bal. Si ellos,
hartándome de porrazos
se escaparon muy ligeros.
Car. Pues ellos la pagarán;
son tunantes de los buenos:
trae, mozo, pues, la comida,
que quiero comer.

Bal. Advierto
á usted no ha quedado mas
que el borrico en platos puesto.
Car. ¿Y lo demas de las pollas,
estofado, y lomo fresco?
Bal. Se lo llevaron.
Car. ¿Quién, hombre?
Bal. El baylarin el primero,
haciendo mil cabriolas,
y danzando así como esto;
Hace lo que todos.
el espadachin zis, zas,
él murió, no hay mas remedio;
á la una Capricornio,
señalando el astro nuestro
que han burlado tres tunantes
á un ladron de un Figonero.
Car. Ah pícaro, tú burlarme,
muere á mis manos. *pega con él.*
Bal. Eso luego lo veremos;
compañeros, que me matan.
Salen los tres, pegan con matapecadoe con el viejo, y con los versos da fin el Entremes.
Los tres. Matarte, muera ese viejo,
y vomite el ladronazo
lo que robó en tanto tiempo.

JORNADA SEGUNDA.

Voces, y se descubre el Rev, el Cid, Don Ordoño, y acompañamiento.

Voces. Viva nuestro Soberano, (ño.
viva Alfonso, nuestro due-
Cid. Ya, Soberano Monarca,
reconocido el supremo
poder de vuestra grandeza,
y afirmado el juramento,
Castilla fiel reconoce
vuestro dominio, pidiendo
que como padre piadoso,
y como benigno dueño,
de sus finas lealtades
recompenseis el afecto.
Rey. Por mí decidla, Rodrigo,
que ha de lograr los aumentos
de sus mayores fortunas,
y lo mismo á todo el Reyno.
Cid. Solo con que seais retrato
de vuestro padre, que eterno
en alcázares de gloria
hoy posee justo asiento,
sereis el mejor dechado
de los Monarcas, que excelso
el Primero Rey Fernando
fue norte de Reyes buenos.
Rey. Es verdad, y por cumplir
de mi padre los preceptos
en no sufrir arrogancias
de vasallos altaneros,
al punto, Cid Castellano,
salid de Palacio luego,
y no volvais sin que os llame,
y agradeced que el intento
del juramento acabado,
que por fuerza me habeis hecho
jurar no sea motivo
de mayor daño, supuesto
que á vasallos atrevidos
no han de servirles los fueros
de piedad de sus Monarcas,
ni del amor los extremos:
idos luego de Palacio,
que yo á mi lado no quiero
tener rayos que á mi luz
la empañen con sus defectos:
idos, Rodrigo, al instante.
Cid. ¿Qué decís?
Rey. Lo que os refiero.
Cid. ¿Luego así me desterrais?
Rey. Sí, Rodrigo, yo os destierro.
Cid. ¿Sabeis, Señor, soy el Cid?
Rey. Bien lo sé, Cid, y aun por eso
os destierro, por librarme
de un vasallo tan soberbio.
Cid. ¿Soberbia llamais, Alfonso,
á mi valor?
Rey. Sí por cierto,
¿pues qué vasallo atrevido
pudo imaginar resuelto

hacer que su Rey jurase
de una vileza el exceso
de que en ella no mezcló
sus mas justos pensamientos?
¿Ignorais que soy Alfonso,
que en el dominio severo
de Leon logré el blason
de valiente y justiciero?
¿Imaginasteis jamás,
llevado de vuestro aliento,
que si acaso yo intentase
no adherir vuestro deseo
ni jurar lo que pedisteis
por quererlo vos grosero
lo hubiera hecho jamas?
¿Qué impresion, qué vil concepto
os dirigió á la creencia
de obligar á un Real respeto
(y respeto como el mio)
á sujetar su severo
quanto valiente dominio
á solo el parecer vuestro?
¿Sabeis que soy vuestro Rey?
¿No pudisteis mas discreto
excusar accion que es fuerza
consiguiese de mi ceño
la mas segura ojeriza?
¿Quién es tan tonto, tan necio,
que á competir hoy se opone
con su Monarca supremo?
¿Un vasallo como vos,
que sabe bien los conceptos
de la Magestad, los rayos
de su luminar, los tiempos
de su grandeza, y en fin,
la veneracion que atentos
deben todos, arriesgarse
á pretender tal exceso
como obligar á su Rey
á un extraño juramento?
Agradeced, Don Rodrigo,
á mi generoso pecho,
que si no, vivo yo mismo,
que en las llamas de mi incendio
de vuestro arrojo cruel
castigara el vil defecto,
y así por satisfaccion
de mi Magestad, del regio
caracter que en mí se halla
cumplid al punto el destierro,
y estimad de mi piedad
que os disimule este yerro. (quiere irse.
Cid. Esperad, que vive Dios,
que pues de vuestro severo
semblante sufrí los rayos,
y me culpais como reo,
que como á Rey y fiel Juez
daros mis disculpas quiero.
Rey. ¿Pues las teneis?
Cid. Y muy leales.
Rey. Pues decidlas, que ya atiendo.
Cid. En primer lugar, Señor,
esta segur, este acero,
que brilla contra los Moros,
y es rayo de mayor fuego,
os puso bien la Corona,
que se os estaba cayendo,
no en vos, Señor, en Don Sancho,
que como antecesor vuestro
fue mi espada el diestro escudo,
pues los Moros mas soberbios
á Castilla y á Leon
infestaron altaneros.
A Granada y á Sevilla,
y á quantos contrarios Cetros
ambiciosos de Castilla
han intentado sedientos
quitar de vuestra Corona
un rayo, ¿quién los ha hecho
que vuelvan escarmentados,
castigados y dispersos?
A Fernando, vuestro padre,
y á Don Sancho, ¿quién guerrero
ha defendido valiente
en los peligros mas ciertos,
sino el Cid? pues ese soy.
¿Así, Señor, con desprecios
se pagan estos servicios?
¿son estos los justos premios
que á mis lealtades se deben?
Bien sé que de vuestro ceño
es la causa la arrogancia
del pasado juramento;
pues vive Dios, gran Señor,
que aqueste mismo defecto,
que por culpa acriminais,

es digno del mayor premio.
Hace el Rey que quiere hablar.
No me corteis el discurso,
que afirmar voy el concepto
con las pruebas mas leales;
escuchad el fundamento.
Sobre Zamora Don Sancho
murió lastimoso siendo
Bellido Delfos traidor
el ministro mas sangriento.
Don Diego Ordoñez de Lara,
llevado del leal zelo,
retando á los Zamoranos
probar quiso, mas guerrero,
que fueron en tal accion
cómplices de infame yerro.
Quedó Zamora por libre
por el acaso que habiendo
dos hijos de Arias Gonzalo
en la fiel palestra muerto,
el tercero valeroso
cortó al caballo ligero
de Ordoñez los alacranes,
y saliéndose del cerco,
los Jueces justos del campo
dieron por bueno el derecho
de Zamora, y que ella nunca
tuvo culpa en tal defecto.
Los Castellanos, llevados
de un generoso despecho,
quisieron que Vos, Señor,
tomaseis su justo Cetro
sin nota en los naturales,
en patricios ni extrangeros,
mas esto si asegurabais
con un pronto juramento
que en la muerte de Don Sancho
(como sucesor del Reyno,
y enemigo que antes fue
de vuestro laurel excelso)
no intervenisteis jamas
ni en el lastimoso exemplo
de verle muerto á lanzadas
despojo de un vil exceso,
á mí el exército todo
me encargó fuese el que diestro
el juramento os tomase,
yo con el feliz deseo
de que llegaseis, Señor,
á colocaros sereno
en vuestra justa Corona
sin nota de todo un pueblo,
(que incorregible incapaz
es de sujetar) discreto
admití luego el encargo,
solicitando con esto
que todo el Reyno llegase
á conocer por sí mesmo
que en Vos (como yo sabia)
no cabia el vil defecto
que poco atento juzgaba;
tomé en fin el juramento:
¿y este es, ó Señor, motivo
para mostrarme ese ceño?
¿Con destierro castigais
este precisado exceso
en mí, y en Vos, Rey Alfonso,
un crisol de vuestros hechos?
¿Si no sirven las victorias
que he conseguido, y los riesgos
en que expuse hacienda y vida
por laurel de vuestro Cetro,
qué os ha de servir, Señor?
Cumpliré vuestros preceptos
desterrado de la Corte;
que os haré falta bien veo,
y que genios ambiciosos
son movedores del ceño
conque ahora me culpais;
que reflexîoneis os ruego
que soy el Cid Castellano,
y que en todo vuestro Reyno
(aunque sea con jactancia)
no teneis otro tan bueno
ni tan leal como yo;
pues hacienda, y quanto tengo,
valor, amor y lealtad
todo postro, todo ofrezco
á Vos, como Soberano,
á quien estimo y venero,
para que conozca el mundo,
y en los siglos venideros
la fama con su clarin
publique con dulces metros
que el Cid salió desterrado
de Palacio, mas fue siendo
leal,

leal, generoso, justo,
valiente, audaz y guerrero.
Rey. Bien está lo que decis,
pero ahora mi precepto
es que salgais de la Corte,
donde jamas vuelva á veros. *vase.*
Cid. ¡Ah Palacio, que así premias
á quien te sirve! Qué exemplos
en las historias se miran
retratos que son espejo.
Pues si esto sé ¿cómo tardo
en cumplir este decreto?
Ya, Rey Alfonso, Ruy Diaz
te dexa, y su sentimiento
es de que no has de encontrar
en lo que logres del Reyno
otro brazo, ni otra espada
como la mia, y pues tiempo
y memoria son los fieles
mas seguros que presento,
vamos, corazon valiente,
á conquistar nuevos Reynos
á un Monarca que me arroja,
y á que conozca discreto
que es Rodrigo de Vivar,
el Castellano guerrero,
asombro de las edades
y escudo de estos Imperios. *vase.*
Medio salon. Salen el Rey y Ordoño.
Rey. ¿Marchó el Cid?
Ord. Sí, Gran Señor.
Rey. Bien merecido es que pruebe
de su arrogante intencion
los injustos pareceres,
y pues es tan poderoso,
que todo el Reyno le teme,
y quizá verse aplaudido
atrevido pudo hacerle,
tú. Ordoño, has de ir tras de él,
y fingiéndote que quieres
seguirle por ser su amigo,
cuidadoso es bien que zeles
sus procederes osados,
no sea que acaso intente
(sentído de su destierro)
algun traidor accidente.
Ord. No es Don Rodrigo, Señor,
capaz de faltar, ni puede,
á la lealtad que le inflama,
ni á la fe que le compete.
Rey. No obstante, obedece, Ordoño,
esta mi orden, y advierte
que si tú justa la observas
lograrás con complacerme
cumplir con tu obligacion,
y alcanzar premios decentes
con que mi mano benigna
lo que te estima demuestre. *vase.*
Ord. Cumpliré como es debido
lo que manda... aunque bien cree
mi corazon que Rodrigo,
leal y constante siempre,
no llegará á dar motivo
á desleales procederes. *vase.*
Selva, y salen el Cid y Martin.
Cid. Esto, sobrino, son casos
en que demuestra la suerte
su inconstante veleidad,
y en que nunca se mantiene;
de Palacio desterrado,
hácia los confines fuertes
de Córdova me he venido,
y con mis vasallos fieles,
(que tambien los tengo yo
en mis haciendas y bienes)
vengo á conseguir victorias
contra los Moros: advierte,
Martin, en estas mudanzas
qué exemplos tú tomar puedes
de los sucesos del mundo.
Mart. Ya veo, Señor, presentes
acasos que en la Montaña
he leido varias veces,
y miro que son verdades.
Cid. Y tan ciertas, que raras veces
de unas fingidas ideas
dexan de salir juguetes
de la fortuna mostrando
que aquello mismo que lee
por ideales asuntos
salen sucesos presentes.
¿Sabes, Martin, qué deseo?
Mart. ¿Qué, Señor?
Cid. Que ocasion llegue
en que sepa cómo sabes
portarte como valiente,

mostrando que con mi sangre
hoy tus venas se ennoblecen.
Mart. Yo, Señor, tambien lo anhelo,
vivo yo, que el pecho temo, *ap.*
porque no se halla capaz
de en tanta guerra meterse.
Grita moruna, y se asusta Martin.
Cid. ¿Qué, Martin, esto te altera?
Mart. No señor, ¿pero accidentes
inesperados... á quién
no asustan?
Cid. Bien me parece
que tendrás poco valor. *caxa toca.*
Sale Chap. Ay, Señor, que ya la muerte
viene por aquestos cerros.
Cid. ¿Qué decis?
Chap. Que los infieles
Moros de esas cercanias
á todo el campo acometen,
y no dexan paisanage
que no maten, y no lleven.
Cid. Ah bárbaros atrevidos.
Soldados, sin detenerse
acometerlos á ellos,
y que castigados lleven
su merecido: Martin,
esta es la ocasion que muestres
el valeroso ardimiento.
Ea, amigos, ea, valientes
Castellanos, compañeros,
haced que ninguno lleve
la noticia del estrago
lamentable de su muerte. *vase.*
Mart. Sin movimiento me miro,
tan cobarde, que no tiene
mi espíritu parte alguna
que me anime, ni me aliente,
¿Adónde podré ocultarme?
¿Adonde podré esconderme,
de este caos peligroso
en que miro he de perderme
Chaparrin?
Chap. Nada me digas,
porque ya estoy de tal suerte,
que sin que tenga tercianas
dando estoy diente con diente.
Mart. ¿Qué hemos de hacer?
Chap. Escapar
por donde mejor se encuentre.
Dentro voces.
Arma, arma, guerra, guerra.
Dentro Cid. Martin, acude valiente,
y détenlos que no huyan.
Chap. Esto, señor, nos conviene:
huyamos antes nosotros,
porque es justo se confiese
que usted y yo por cobardes
valemos mucho.
Mart. Parece
que en el corazon me aprieta
un lazo y tiranamente
con temerosos impulsos
aun no me es facil moverme.
Dentro Cid. ¿Ah Martin, donde batallas?
Voces. Huyendo van los aleves
Moros á recoger ya,
pues destrozados se vuelven.
Mart. ¿Qué he de hacer, que vuelve el (Cid?
¿adónde podré esconderme?
pues la vergüenza y temor
me comprimen fuertemente?
Chap. Válganos aquí una trampa,
escóndete ahí, de suerte
que no te ve a si pasa,
que yo haciendo de valiente
diré que vas tras los Moros,
que pues huyen, despues puedes
decir no los alcanzaste,
y sales bien.
Mart. Que aproveche
tu parecer es debido,
pues tanto miedo me ofrece
mi tímido corazon. *se esconde en la (izq.* *(las cortinas.*
Chap. Ah canalla,
te rebelas, muere, muere *pelea con*
Sale el Cid.
Cid. Que en mi sangre pueda haber
tal cobardia, oh pese
al que engrendró tal vileza:
Martin sin obrar valiente,
ni presentarse en campaña.
Vive Dios:::-
Chap. Ah perro, tente.
Cid. ¿Qué haces, Chaparrin?
Chap. Matar tanto pícaro rebelde.
Cid. ¿Y tú amo?

Chap.

Chap. Tras los Moros
va qual leon rugiente,
quanto encuentra despedaza.(*cuent.*
Cid. Si será verdad... mas tente... *le en·*
¿No es el que está aquí escondido?
Chap. La ensuciamos malamente.
Mart. Señor...
Cid. Vete, Chaparrin,
que á Martin quiero imponerle,
por si vuelve á pelear,
cómo debe defenderse:
volcanes de fuego exâlo;
no sé si podré tenerme,
y en su vida... ¿no te vas?
Chap. Sí señor, sin detenerme:
buena te espera, Martin,
azotes pasan de veinte,
si garrotazos, de treinta:
Dios te saque bien libre. *vase.*
Cid. ¿Qué es lo que miras, cobarde?
¿cómo ahí mismo no te mueres
sabiendo que ya yo he visto
tu cobardia insolente?
¿A qué has venido á campaña?
has venido por juguete,
ó crees que son fingidos
los riesgos y los reveses?
¿tú te llamas mi sobrino?
borra esa voz, no la mientes,
que mi sangre no es posible
que en tus venas se aposente.
¿Por qué allá entre los gañanes
arando con solo bueyes
no has vivido sin venir
á afrentarme? Vuelve, vuelve
á aquella rústica cuna
en que mísero mantienes
con el sudor de tu rostro,
trabajos que solamente
para gentes sin valor
los han formado las gentes.
¿Te debió de parecer
que era la guerra juguete
como los que veis vosotros
entre farsas aparentes,
que al cabo de la jornada
todo es nada, y llega á verse
tan igual el que venció
como el que vencido fuese?
Aquí (cobarde) no así
se consiguen los laureles,
pues con arroyos de sangre
puestos y triunfos se adquieren.
¿Si tú propio conocias
que tu corazon rebelde
para la guerra no era,
por qué viniste imprudente
adonde á vista de todos
te abominen, te desprecien,
y afrentando tu linage
en el sepulcro indecente
de la fiera cobardia
te sepultes para siempre?
Huye, huye de mi vista,
y en tu vida no te acuerdes
de que me viste la cara,
ni que mi sobrino eres;
porque si yo tal pensara,
porque si yo tal creyese,
aquí mismo entre mis manos
encontrarias tu muerte.
Se va á ir, y vuelve.
¿Lloras, infeliz, cobarde?
bien haces, y mejor fuese
que te pusieran enaguas,
lo mismo que á las mugeres,
puesto que en sus nimiedades
totalmente te pareces...
¿Mas yo te dexo la espada?
se la quita y la tira.
suéltala, infame, no debe
quien tan mal sabe regirla
usar de ella y no se atreve
á hacerla rayo que brille (*seguirle*
entre Bárbaros infieles, *se va, y quiere*
no tienes, no, que seguirme
si no quieres ver tu muerte,
y porque nunca jamas
te vuelva á ver, y te emplees
en cobardes exercicios,
esos viles intereses *le tira un bolsi-*
sean causa para que (*llo.*
te vuelvas incontinente,
y entre peñas te sepultes,
adonde jamas te acuerdes
de que al Cid vistes la cara,

ni que publiques que aleve
entraste en batalla donde
yo pude estar, ni las gentes
que á costa de su fiel sangre
tantos aplausos merecen. *vase.*

Mart. ¿Qué es esto que por mí pasa?
¿Cómo he podido tan feble
escuchar tantas verdades
contra mí? Cielos valedme,
¿que si no he muerto cobarde,
no sé por qué no sucede?
¿el Cid así me desprecia?
¿tantas injurias me ofrece,
que vergonzosas sofocan
mi corazon de esta suerte?
Ah tímido corazon,
tú toda esta culpa tienes,
y causando mi deshonra,
en tal estado me adviertes.
¿Yo he de dexar la campaña?
¿Yo he de volverme imprudente
á mi rústica morada,
desechado, sin que lleve
honores con que alentar
de mi sangre las especies?
¿A mí darme este dinero,
como que me dice ahí tienes
el contrario del honor,
pues esto solo mereces?
¿Yo ultrajado, yo aburrido,
llamado infinitas veces
cobarde? ¡ha pecho infiel,
como has tirado á perderme!
Vámonos, pues, á morir,
y entre breñas inclementes,
sin fama, ni estimacion,
acábese, pues, mi suerte...
¿Pero qué digo? ¿El valor
tan lejos de mí se advierte
que no he de poder lograrle,
y borrando estas crueles
afrentas llegar á ser
bien mirado entre las gentes?
¿Qué es el valor? un ardor
que del corazon procede,
y alentado en la nobleza,
despreciando ayrosamente
los peligros por la fama,
consigue muchos laureles
venciendo los enemigos
de Dios y del Rey... pues llegue
á fomentarse este ardor
en mi pecho, pues mantiene
nobleza que lo fomenta:
pruebas faltan solamente;
con el dolor de la afrenta
parece que en mí se advierte
otro fuego mas brillante
que no he tenido otras veces:
ah si los Cielos hicieran
que pronta ocasion tuviese
en que exâminase si es
este valor que ya enciende
en mi triste corazon
los mas vivos accidentes
formando una nueva llama.

grita de Moros.

Dentro Cid. Castellanos, pues que vuel- (ven
con mas pujanza los Moros,
á ellos sin detenerse.

Mart. Los Cielos compadecidos
propicia ocasion me ofrecen:
ven otra vez á mis manos,
noble acero, que te ofrece *lo alza.*
ya mudado el corazon
el que jamas fieramente
de mí te aparte ninguno,
porque á pesar de rebeldes
bárbaros, injustos Moros,
con mi brazo y con tu ardiente
segur, brillante y ayrosa
he de hacer que seas ardiente
parca de enemigos fieros,
y que el Cid llegue á tenerme
por digno sobrino suyo,
cambiando sus voces fuertes
como me llamó cobarde
en que me llame valiente. *vase.*

Dentro voces.

Arma, arma, guerra, guerra.

Otras. Otro rayo nuevamente
nos destroza sin temor:
á los montes.

Sale el Cid. Si no mientes,
corazon, aquel que miro
es Martinillo, que fuerte

destroza ya la canalla
Morisca: ¡Cielos, se pueden
engañar mis ojos! No.
¿Cómo así tan brevemente,
cambiado su corazon,
por su noble sangre vuelve?
Dentro Mart. Canalla Mora esperad,
que otro rayo hay que os sujete
y os castigue como el Cid.
Voces. No hay resistencia, crueles
son sus fuertes cuchilladas:
Moros huir.
Cid. Con qué alegre
pecho que escucho estas voces:
mas herido me parece
que le miro: ah Martin, á ellos,
amor mio á socorrerle.
Al tiempo de entrar sale Martin sin sombrero, y con la espada en la mano.
¿Qué haces? déxalos huir,
que herido estás.
Mart. Señor, tente,
déxame que satifaga
mis errores con que fuerte
veas que sé pelear
y matar Moros valiente.
Cid. Ya lo he visto, y con tu sangre
se muestra bien claramente;
ahora te vuelvo á mis brazos:
ya sobrino mio eres,
y dueño de quanto tengo;
no acabo de complacerme
mirando de tu valor
las pruebas mas evidentes;
¿pero cómo el ser cobarde
así dexaste tan breve?
Mart. Tus voces, Señor, lo hicieron,
y como en el pecho puede
estar el valor guardado,
y salir quando conviene,
con el cerrojo mas torpe
cerrado llegué á tenerle;
rompió mi afrenta los yerros,
y salió tan fieramente,
que otro yo me reconozco
con incendios mas vehementes
del honor y de la fama,
de la gloria y de laureles.
Cid. Pues ya no eres mi sobrino,
hijo has de llamarte; vuelve
á enlazarte entre mis brazos,
y pues es muy conveniente
el arrojar estos perros
de la Christiandad, ardiente
nuestro valor los arroje.
Mart. Sea, Señor, brevemente.
Cid. Pues á el arma.
Mart. A la campaña.
Cid. Al vencimiento.
Mart. A que llegue
la Fe á lograr sus triunfos.
Cid. Y á que sean los laureles
de Dios y del Rey tan grandes,
Los dos. Que fama y mundo los cuenten
por sumos é imponderables,
y constantes para siempre.

SAYNETE.

LAS PRUEBAS DE UN CASADO.

ACTORES.

El Amigo.
El Novio.
El Juez.
Abogado 1.
Abogado 2.

Salen el Amigo y el Novio.

Amig. ¿HOmbre, estás desesperado?
¿conociendo tantos riegos
quieres casarte?
Nov. No hay duda,
así me lo pide el cuerpo,
y ya estoy determinado.
Amig. ¿Y tienes para el intento
estudiado lo preciso?
Nov. ¿Qué hay escuela para ello?
Amig. No hay escuela; pero en vista
de los muchos desaciertos,
el que gobierna el Lugar
(que es Lugar en que nos vemos
civilizado, y prudente)
ha expedido hoy un decreto
de que no pueda casarse
sino el que estuviese diestro
en conocer los peligros
del estado ya propuesto.
Nov. Nada se me dá, mas cómo
se ha de disponer el hecho
para que licencia tenga
de casarme, que os confieso
que estoy rabiando por ser
novio en el dia postrero.
Amig. Para que logreis que os den
el permiso está dispuesto
presentaros ante el Juez;
hay dos Abogados, estos
te interrogan y proponen,
y si sabes responderlos
el Juez te da la patente,
y vas á casarte luego.
Nov. Pues si eres mi buen amigo
lleva, llévame corriendo,
que estoy rabiando por boda.
Amig. Pues sigueme, que te ofrezco
presentarte al tribunal
del mas intrincado riesgo.
Nov. Tú veras como consigo
argumentar de lo bueno. *vanse.*
Se presenta mesa y escribanía, y salen los Abogados y el Juez, y se sientan á su tiempo.
Juez. Buenas calabazas lleva
el salvage del Manchego.
Abog. 1. Si no sabe ni aun el Christus,
y quiere muger.
Abog. 2. ¿Es cuento
pequeño ser uno casado?
vive crivas que yo entiendo
que es el casarse la cosa
mas dura del universo.
Juez. Es menester gran cordura
para lograr el acierto. (de
Sale el Amig. Señor, un novio preten-
exâminarse.
Juez. Que luego
se presente, y se verá
si es capaz para el empleo.
Amig. Entrad.
Sale el Nov. Ante el tribunal
tributo el justo respeto.
Abog. 1. ¿Qué quereis?
Nov. Señor, casarme.
Abog. 2 Y decid, ¿qué es lo primero
que debe saber un novio?
Nov. Debe saber lo primero

la calidad de la novia,
su estado, su justo genio,
los defectos que conduce
exâminarlos muy diestro,
si es dada mucho á el amor,
si es interesada, y luego
exâminarse á sí mismo
si es capaz con su talento
de sufrir los graves daños
de aquel ó el otro defecto;
y si no puede emendarlos,
ó sufrir, ó dexar luego
la intencion, pues el casarse
no es asunto en que podemos
dexarlo quando se quiera,
que es un lazo tan estrecho
que solo Dios y la muerte
lo rompe ó lo dexa entero.

Abog. 1. Vamos por partes: si tiene
(dado que el lazo sea bueno)
madre, y esta la conduce,
como muchas, á un gran yerro,
pues vemos á muchas madres
que hacen indigno comercio
con sus hijas, aun casadas.

Nov. Recogerse á un aposento
con su muger, y decirla
su obligacion, que es muy cierto
le ha hecho Dios dueño suyo,
y si insistiese en el yerro
de abandonar al marido
por la madre, mudar luego
de ayres, ó transplantarla
desde su casa á un Convento.

Abog. 2. ¿Y si quiere muchas galas?

Nov. No hacerla mas, con arreglo,
que aquellas que se pudiese.

Abog. 1. ¿Y si insiste en su despecho?

Nov. Vestirla de quando en quando
con la tela de Palermo.

Abog. 2. ¿Y si quiere los calzones,
y mandar mucho?

Nov. Desde luego
no dexarla mandar nada.

Abog. 1. ¿Y si tiene muy mal genio?

Nov. Con otro mucho peor
amansarla tanto ceño.

Abog. 2. ¿Y si gusta de v s tas?

Nov. Llevarla siempre á paseo.

Abog. 1. ¿Si come mucho?

Nov. Acortarla,
como se dice, el pienso.

Abog. 2. ¿Si no quiere trabajar?

Nov. No darla ningun contento.

Abog. 1. ¿Y si habla mucho?

Nov. No hablarla,
pues es sin duda que en esto
viendo que no la responden
callará sin mas remedio.

Abog. 2. ¿Y si dice mal de vos?

Nov. Probarla luego sus yerros,
y si de mí dice mucho,
decir mas de ella, y Laus Deo.

Abog. 1. ¿Si quiere coche?

Nov. Un carro
de la basura ya tengo,
y por donde todos van
la haré que salga á paseo,
ella se hartará de ruedas,
y se irá á pie desde luego.

Abog. 2. ¿Y si quiere diversiones,
comedias, toros, bureos,
comilonas y tertulias?

Nov. Una al año la prevengo
de cada cosa, despues
irá donde me dé á genio,
si no quiere, garrotazos,
que así se amansan los perros.

Abog. 1. ¿Y si tiene padre y madre,
y os chupan como son suegros?

Nov. El dia que yo me case
les doy recibo completo
de mi muger, conque si
pretenden ser despues dueños
de mi casa y mi muger,
en pillando el dote, luego
les echo por la ventana
si en mandarme fuesen tercos.

Abog. 1. Aquí os cojo, ¿y si quisiese
tener, qual se usa, cortejo,
de qué parecer estais?

Nov. Señor, tengo mucho pelo,
y no gusto tropezar
al entrar en mi aposento.

Abog. 2. ¿Y si no llegais jamas
á saber su mal intento?

Nov.

Nov. Si no lo sé, cómo quieren
que yo lo ponga remedio,
ademas que muchos hay
que son causa de los yerros
de su muger.
Abog. 1. ¿Cómo ó quándo?
Nov. Yo se lo diré bien presto:
hay maridos holgazanes,
que á costa de su amor mesmo
quieren poco trabajar,
y que la muger á ellos
les de dinero y mantenga;
¿qué hará la muger á esto?
La muger es una alhaja,
que el marido que es discreto
debe conservarla como
el cristal mas puro y terso:
si á este ponen en la calle
y lo dexan, es muy cierto
que qualquier hombre atrevido
podrá romper el espejo:
él es un ganado flaco,
lobos los hombres son ciegos,
con que si el pastor no guarda
la oveja, ni tiene perros,
qualquier lobo se la lleva
al menor descuido de ellos:
no por eso se ha de estar
siempre agarrado al pescuezo
de la oveja, pues entonces
da un tiron, y escapa luego,
y dexa al pastor burlado;
con que así el mejor acuerdo
es halagarla, y dexarla,
si tiene docil el genio,
que viendo que su marido
la hace cariños, que afecto
la tiene, que en lo posible
la complace, y que contento
la reconoce que es
su costilla, á muchos vemos,
que aunque se casen por fuerza
y no se amen de presto,
al mirar que son queridas
van labrando los afectos,
y se forma el dulce lazo
que es la gloria de himeneo.
Juez. Amigo, usted sabe mucho,
y segun yo lo comprehendo
será buen casado.
Abog. 1. Sí.
Abog. 2. Pues que se le dé al momento
la patente, pues que sabe
su obligacion en los riesgos.
Juez. Tome usted. *le dan la patente.*
Nov. Voy al instante
á conseguir mi deseo.
Juez. ¿Tanta prisa hay?
Nov. ¿Señor mio,
sabe usted en qué momento
estoy yo?
Juez. Pues id, amigo,
y aprovechad los deseos.
Nov. Vamos, señor.
Amig. Norabuena.
Nov. Con mi suerte voy contento.
Los Abog. y el Juez. Y todos diciendo
para remate del cuento: (alegres
Todos. Para ser uno casado
ha de saber mucho y bueno,
y en el perdon esperamos
indulto de los defectos.

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey y Don Ordoño.

Ord. Esto es, Señor y Monarca,
lo que el Cid obra postrado,
pues aunque con el destierro
debiera estar enojado,
tan al contrario se mira,
que valiente y denodado
de los Reynos de Sevilla
y Córdoba ha conquistado
infinidades de Pueblos,
y libres tantos esclavos,
que se ha hecho terror y asombro,
pues ya Arabes y extraños,
al nombrar tan solo al Cid
todos se quedan temblando.

Rey.

Rey. Todo eso está bien, Ordoño,
mas no sabemos si acaso
esas crecidas victorias,
esos triunfos, esos lauros,
son para mayor poder,
y con ellos temerario
intenta, siendo traydor,
sublevar de mis Estados
la mayor parte, y hacerse
tal vez dueño soberano,
y así antes que presuma
un hecho tan vil y osado,
ireis, Don Ordoño, vos,
y con quatro mil soldados
le traereis á mi presencia,
y de todos sus estados
le confiscareis las tierras,
que yo no quiero vasallos
que sean tan poderosos,
que valientes y obstinados
á mí se atrevan traydores
en su arrogancia fiados.
Ord. No pretendo disuadiros,
mas, Señor, aconsejaros
me toca, y así tened entendido
que el Cid es fiel y bizarro.
Rey. De tanto como os conozco
que le estais apasionado
tambien me dais la sospecha
si le ayudais al engaño.
Ord. ¿Yo, Señor?
Rey. Callad, Ordoño,
y obedeced lo que os mando.
Ord. Solo, Señor, mi respeto
en la obediencia os consagro. *vase.*
Rey. Hombres que tan altaneros
adquieren tantos aplausos
son engañosas polillas
del trono y de los Estados:
yo le cortaré los vuelos
á aqueste Cid Castellano.
Sale Ord. Estando para partir
á obedecer tus mandatos,
Martin Pelaez, sobrino
del Cid, con varios regalos
llega á pedir la licencia
para hablarte.
Rey. ¡Qué he escuchado!
hacedle entrar, y no os vais
hasta salir de este caso. *vase Ord.*
Sin duda que tal vez no es
lo que imagino; sepamos
qué pretende el Cid, y entonces
dispondré determinado.
Salen Ordoño y Martin Pelaez, y varios comparsas con bandejas cubiertas, banderas y demas.
Ord. Don Martin, este es el Rey.
Mart. Con qué reverencia advierto
le mira el alma, pues no
llegué á ver su augusto ceño: *ap.*
á vuestras plantas, Señor,
llega Martin.... ¡Vive el cielo
que me hace temblar su vista.
Rey. ¿De qué os turbais?
Mart. Señor, tiemblo
de estar tan cerca del sol,
en cuyos rayos me quemo,
y como jamas me he visto
tan cercano de este fuego,
mas y mas la admiracion
me suspende los alientos.
Rey. Tal vez será cobardia.
Mart. Cobarde no, vive el Cielo,
que los parientes del Cid
no acostumbran tal defecto,
pues aunque yo pude acaso
al principio quasi serlo,
desterrando los temores
todo es valor lo que hospedo
en el cóncavo valiente
del corazon y pel pecho.
Rey. ¿Qué pretendeis?
Mart. Que me escucheis solo quiero
una embajada del Cid.
Rey. Pues proseguid, que ya atiendo.
Mart. Don Rodrigo de Vivar,
noble Cid, á quien el tiempo
corona con el laurel
del mayor merecimiento,
desterrado de tu Corte,
con solos pocos guerreros
que á su lado le asistimos
te ha conquistado mas pueblos
que todas tus tropas juntas
colmadas de caballeros.

En los Reynos de Sevilla,
Córdoba, y los demas centros
de Andalucia y Valencia,
Aragon, Murcia, el Cetro
de tu poder, gran Señor,
hoy consigue tanto imperio,
que á solo Vos os aclaman
por mas Soberano dueño:
últimamente, á Valencia
ha conquistado, y dispersos
los Moros aborrecidos,
de su fuerte brazo huyendo,
á el Africa se han marchado
con su Rey Bucar, objeto
del mayor poder: no importa,
que si él vuelve, su escarmiento
probará, para que nunca
infeste los Reynos vuestros:
siete Reyes tributarios
en estas cartas te ofrezco,
qual despojos, á esos pies,
que quiere mi tio en esto
conozcas, oh grande Alfonso,
que aunque sufre tus desprecios,
que aunque le cargas de injurias,
y en fin, aunque es su destierro
venganza de tu rencor,
él, como vasallo bueno,
mientras inventas castigos
por solo aquel juramento,
á fuerza de cuchilladas
él te adquiere mas trofeos,
mostrando de aquesta suerte
como te quiere, supuesto
que solo el Cid, gran Señor,
conquistará así tu ceño,
del fruto de estas victorias
despues que esos instrumentos
de los Reyes tributarios
te aseguran rendimientos:
por mí te envia, Señor,
fieles esclavos doscientos,
que con los mismos alfanges,
é igual número de oberos
(potros que en Andalucia
se alimentaron del fuego)
hacen pie para esas joyas,
que en oro y plata presento:
todo esto el Cid os ofrece,
no, gran Señor, con intento
de que el destierro le alceis
por este interes, pues ciego
resignado á vuestro gusto
obedece los preceptos.
Solo estos regalos son
para servir de trofeo
á esas plantas Soberanas,
demostrando en este hecho
que todo quanto conquista,
quanto adquiere con su esfuerzo,
á vuestras aras lo rinde
por sacrificio, cumpliendo
como el mas leal vasallo
en el altar de su dueño;
esto el Cid por mí os tributa,
y yo por él lo presento,
unidos, Señor, los dos,
tanto en el servicio vuestro,
que si la muerte no ataja
los naturales alientos
hemos de poner tu silla,
como Solio mas supremo,
en la Gran Jerusalen,
á pesar de los soberbios
Arabes, monstruos crueles,
y traidores Agarenos.

Rey. ¡Valgame Dios! qué de engaños
padece el entendimiento
llevado de la pasion:
alzad, Don Martin, que quiero
entre mis brazos pagaros
tanto singular afecto.

Mart. Con tantas honras, Señor,
pagais hoy nuestros respetos.

Rey. ¿Cómo está el Cid?

Mart. Está ya
cargado de años y viejo,
pero siempre tan valiente.

Rey. Pues le direis que atendiendo
á su proceder honroso,
á sus victorias, sus hechos,
y agradecido tambien
á su sin igual afecto,
que el destierro le levanto,
que venga á verme, que quiero
recompensarle en mis brazos

sus

sus lealtades, que ya cedo
mi ojeriza le direis,
y porque vea que aprecio
sus conquistas y victorias,
á todos los Caballeros
Castellanos, Leoneses,
y vasallos de mi Reyno,
doy licencia de que vayan
é servir baxo los tercios
que él gobierna, y que es mi gusto
que él sea de mis Imperios
el adtlante mas seguro;
y para prueba de aquesto,
id, Ordoño, con Martin,
y expresadle al Cid mi afecto,
y que agradezco infinito
sus regalos y trofeos,
que quiero ser muy su amigo,
y que olvido el juramento,
en cuya seguridad
le liberto del destierro. *vase.*

Mart. Vivais, Señor, muchos siglos.

Ord. Pues vamos á marchar luego.

Mart. Vamos, Ordoño, que voy
tan gozoso porque vuelvo
con honores para el Cid,
quando libre del destierro
su fama ha de eternizarse
por su lealtad y su esfuerzo. *vanse.*

Sala del Cid, y este en una silla de brazos, y despues de un suspiro dice.

Cid. ¿Qué es esto, corazon mio?
¿Ya decadente no inflamas
aquellos rayos ardientes
que en tu juventud lozana?
Me parece que no tengo
aquellos fuegos que inflaman
el espíritu arrogante
que á los peligros arrastra.
¿Qué es esto, naturaleza?
¿qué me avisas? ¿qué señalas?
¿que muy presto he de morir?
así lo creo; pues alma,
á cuidar de este viage,
á prevenirme á la marcha,
y á tratar distintamente
que hasta aquí, pues si la fama,
los trofeos y victorias,
fueron movil de mis ansias,
para este lance postrero
no aprovechan, antes dañan:
ahora veo que este mundo
es un engaño, una farsa
donde todo es apariencia,
y al cabo de las jornadas,
siendo tierra en el principio
es tierra lo que se halla
al concluir la carrera
de aquesta miseria humana:
ahora que voy conociendo
mi debil materia flaca,
veo que he vivido ciego
entre las pompas profanas.
¿De qué me sirve á estas horas
ser el Cid, si en la jornada
que á concluir va mi vida
mis obras no han sido exâctas,
(en el trance de mi muerte)
no han de librarme de amargas
penas, que tal vez motiven
la perdicion de mi alma?
¿Luego todas mis fatigas,
luego todas mis hazañas,
en lugar de producirme
para mi fin conquistadas
acciones á un bien eterno;
tan al contrario se hallan,
que labrando mi ruina
al precipicio me arrastran?
¡Oh qué engañosos momentos!
¡Oh qué horas mal gastadas!
¡Oh qué enojos tan extraños!
¿Qué de cuidados probaba
en mi carrera? El honor
era mi afan, me quejaba
del Rey si no me atendia,
sentia que no aclamaran
mi valor? ¿Y para qué?
¿Para qué era ambicion tanta?
si en esta hora, que juzgo
que es la que mi vida acaba,
de todos estos desvelos
vengo á sacar en substancia
que los cargos de conciencia
hoy me oprimen, y apretada
la estrecha, que temo, afli-

aflige en mucho mi alma?
¿Y para esto he sido el Cid?
¿Para esto en tanta batalla
he arriesgado con mi vida
mi salvacion? ¿Qué engañada
ha estado mi fantasia,
no hubiera sido mi fama
mejor, si solo en cuidar
un rebañito de cabras
tuviera que responder
de mi solo, y no de tantas
almas como por mi mando
expuse en tantas batallas?
Si hubiera sido pastor,
pocas culpas me apretaran,
pues criado entre los montes
sin riesgos en que formarlas,
á el llegar á aqueste punto
que la muerte me señala,
con menos cargos y sustos,
desahogado me encontrara,
y para aqueste viage
desocupado me hallara,
y llavara prevenciones
de virtudes mas christianas.
Con que saco en limpio aquí
que los cuidados, las ansias,
conquistas, empleos, glorias,
y las fortunas humanas,
solo sirven de estorbar
la eterna vida? ¿Y que haya
quien conociendo estos daños
solicite tantas causas
de su fixa perdicion?
¡Oh Criador! quantas gracias
os doy del conocimiento
que en este punto señalas
á mi triste corazon,
y pues siento ya cercana
la carrera de mi vida,
aprovechemos estancias
para no perderlo todo,
y abandonando las falsas
apariencias engañosas
solo cuidemos del alma
que es lo que mas nos importa
y lo que último se trata.

Salen Martin y Ordoño.

Mart. Ya, valiente Don Rodrigo,
vengo con debidas gracias
del Rey á que os eternicen
los laureles que os señala:
levantado ya el destierro
dice que con pronta marcha
á verle vais, que os espera,
que aprecia tanto la fama
que por su nombre adquiris,
que en sus brazos os aguardan
los honores mas sublimes
que habrá conocido España.

Cid. Pues volved, Martin, á el Rey,
y decidle que ya acaba *baxa voz.*
el Cid su vida, y que todos
los favores que señala
los desprecia, no por ellos,
sino por ver que son causa
que en la hora de su muerte
le afligen con fuerza tanta,
mirando los sumos cargos
que ha de dar de su edad larga:
ojalá que desde el punto
que empecé á servir las armas
solo fuera yo un Soldado,
porque es cierto que evitara,
siendo solo un morador
de aquesta miseria humana,
tantos y tantos cuidados
con que hoy combatido se halla
mi afligido corazon,
mirando la hora llegada
de mi muerte, hora espantosa,
que tanto terror me causa.

Mart. ¿Señor ¿ qué es esto?

Cid. Morir,
ya mi hora veo cercana;
Ordoño, decid á el Rey
del Cid aquestas palabras,
que en el nacer y el morir
á el Rey el pastor iguala,
que vea qual de los dos
hará mejor su jornada,
el Rey lleno de zozobras,
y agoviado con la carga
de la Corona y vasallos,
ó el pastor que solo trata
con ovejas inocentes *lloran.*
que la puridad señalan.
No lloreis, sobrino, no,

esta hora que es llegada
para mí, igual á todos
ha sido, y y será la gracia
el saberla aprovechar,
impresionad en el alma,
de vuestro tio estas voces,
que es herencia que os señala
el mucho afecto que os tengo,
y que no hay con que igualarla.

Mart. Tio y señor.

Ord. Noble Cid.

Cid. No me llameis con profanas
voces, que no quiero oirlas,
temiendo que daño hagan
en el último periodo
de aquesta carrera humana:
llevadme al lecho, llevadme,
y mis horas acortadas
el Manjar mas celestial
hoy aliente la esperanza:
de que Dios, Señor piadoso,
perdon me dé de mis faltas.

Le llevan, y en otra sala sale el Rey.

Rey. Ansioso de ver al Cid,
quisiera que fuera el tiempo
proceloso en su carrera:
que fui engañado confieso,
pero el tiempo que he perdido
en premiarles sus desvelos
con colmarle de favores
satisfará sus afectos;

tocan caxas broncas

¡pero qué triste rumor
causa da de sentimiento!

Salen Ordoño y Martin, este de luto.

Los dos. Los dos, Señor que postrados
á vuestras plantas volvemos.

Rey. A tí, Ordoño, no pregunto,
qué te trae tan macilento,
quando de color te vistes,
á Martin que viene negros
lutos arrastrando, sí:
¿dime, Martin, qué es aquesto?

Mart. Que ya murió el Cid, Señor,

Rey. ¡Válgame el poder del Cielo!
¿Qué decis?

Mart. Lo que es verdad.

Rey. Qué lastimoso suceso:
faltó de España el mejor
vasallo, no tuvo Reyno
mayor valor que su espada:
¡Ah qué tarde lo confieso!

Mart. Entre las grandes preseas
que os dexa, como heredero,
de sus mayores fortunas,
escribió pocos momentos
antes de morir las letras
que os envia en ese pliego.

le dá un pliego cerrado.

Rey. Avisos serán sin duda
de su valor: abro, y leo.

Lee. Rey Alfonso, el que fue Cid
en breve será esqueleto,
tierra ó nada, sin servirle
las pompas, ni los trofeos;
mirad que aun siendo Monarca
os ha de pasar lo mesmo,
sin que saqueis de esta vida
mas que lo que hiciereis bueno,
recibid de mi amistad
estos prudentes consejos
que por último os escribe
mi siempre leal afecto
corazon... El Cid Ruy Díaz.
¡Oh qué prudentes recuerdos!
Martin, consolad la falta
de vuestro tio, yo mesmo
he de ser quien os levante
á los grados mas excelsos,
págandole en esto al Cid
los servicios que me ha hecho.

Mart. Solo, Señor, vuestra gracia
puede ser hoy mi consuelo,
y pues esta es la verdad
de este Heroyco Español nuestro.

Todos. Demos fin, pidiendo todos
el perdon de nuestros yerros.

Se hallará á dos reales con las anteriores en la Librería de Castillo, frente de las Gradas de S. Felipe; en la de Cerro, calle de Cedaceros; en su Puesto, calle de Alcalá; y en el del Diario, frente de Santo Tomas: y en tomos, su precio 15 reales á la rústica, 16 en pergamino, y 20 en pasta.